

Aunque, como he señalado, el objetivo fundamental de los estoicos era la ética –vivir virtuosamente y, por lo tanto, tener una buena vida–, también estaban interesados en la física y la lógica. Al estudiar la lógica esperaban desempeñar correctamente una de las funciones para las que hemos sido diseñados: comportarnos de forma racional. Y al estudiar física esperaban entender el propósito por el que habíamos sido diseñados. Los estoicos idearon diversas metáforas para explicar la relación entre los tres componentes de su filosofía. Afirmaron, por ejemplo, que la filosofía estoica es como un campo fértil en el que ‘la lógica era la valla que rodeaba el perímetro; la ética, la cosecha; y la física, la tierra’. Esta metáfora ilumina el papel central que la ética desempeña en su filosofía (pp. 53-54).

Es cuestionable el giro que Irvine da al estudio del estoicismo. Afirma claramente en esta obra que el objetivo tradicional de “vivir de acuerdo con la virtud” ha sido reemplazado por el objetivo de alcanzar la “tranquilidad emocional”. Señala que este es el foco central de los estoicos romanos de la época imperial. Él se centra en este periodo y desde ahí pretende sacar consecuencias. Sin embargo, hay estudiosos que cuestionan esta perspectiva. En todo caso, este libro, probablemente la introducción popular a la filosofía estoica más vendida, al menos recientemente, es un texto recomendable para personas que son nuevas en el tema o que están interesadas en aprender sobre el estoicismo, pero que carecen de experiencia en filosofía académica. Está escrito en un estilo muy legible y accesible y tiene innumerables buenas ideas (entre otras, su guía –‘programa’– de lecturas estoicas (pp. 327-329), su excelente bibliografía, etc., que se unen a las interesantes observaciones personales del autor.

José Luis Guzón Nestar

ESTÉTICA Y TEORÍA DE LAS ARTES

PIÑERO, Ricardo I., *Vivir en belleza*, Madrid, Síndesis, 2021, 286 pp., ISBN 978-84-18206-68-9.

Arthur C. Danto señalaba en 2002 que la eliminación de la belleza de la esencia del arte no sólo respondía a un requerimiento conceptual de los artistas de vanguardia, sino a una determinación política que se había perpetuado durante los años sesenta: los programas, en ocasiones institucionalizados, en favor del desprestigio, la exclusión y el abuso de la belleza contenían así un cierto marchamo ideológico. Sin embargo, el título de su ensayo planteaba también un programa de restitución de la belleza. En efecto, *El abuso de la belleza* (2005) abre un juego de genitivos: por un lado, Danto se hace eco de la experiencia creativa de la rebelión de una buena parte de artistas contra los abusos sufridos en nombre de la belleza; pero, en paralelo al consentimiento de su ausencia de la definición de arte, Danto también restituía el estatuto de la belleza como una legítima experiencia de la sensibilidad humana, reintegrable, por lo tanto, en la práctica artística. La belleza recuperaba así una cierta dimensión de proyecto.

El profesor Ricardo I. Piñero (León, 1965), catedrático de Estética y Teoría de las Artes de la Universidad de Navarra, asume en su último libro la tarea de restauración de

la belleza. Alineado así con las propuestas de algunos teóricos contemporáneos de la belleza —e.g. Crispin Sartwell (2004), Alexander Nehamas (2007), Federico Vercellone (2008), Roger Scruton (2009) o Sixto J. Castro (2014)—, su plan de restauración tampoco sitúa únicamente la belleza entre las distintas opciones temáticas o estéticas del arte. A sus ojos, el «desdén» de la belleza es el centro del problema: «En nuestros días muy pocos son los que consideran que el arte requiere, para serlo, de belleza» (p. 63).

Si en su última obra, *La aventura del ser humano. Entre la estética y la antropología* (Sindéresis, 2020) el arte y la creatividad integraban un papel fundamental en la labor de definir al ser humano, desvela ahora para el arte una tarea irrenunciable: «el arte de hacer arte, escribe, ha de ser sobre todo re-descubrimiento, re-habilitación de una tarea que desvela la belleza de la realidad, que nos recuerde que la belleza es una de las claves de habitabilidad del mundo» (p. 65). El libro es, por tanto, un proyecto de rehabili(ta)ción de la belleza —y, por tanto, del mundo en que vivimos—.

El libro se articula de manera muy equilibrada en seis capítulos, prólogo y epílogo apartes. A su vez, cada capítulo se divide en tres secciones que recorren una historia —su historia— de la Belleza. El camino se recorre desde una perspectiva marcada por la doxografía crítica, pues se sigue, de un lado, un criterio de exposición cronológica de los autores clave en el desarrollo de la teoría sobre lo bello. Y, al mismo tiempo, se introduce una perspectiva estrictamente filosófica y personal, para la que se adopta una redacción fluida y elegante, basada en la interlocución con los autores elegidos, con firme base en el conocimiento de los textos, así como de las obras artísticas a las que, en todo caso, se hace referencia.

Y, como en su último libro, Piñero convoca a los autores en una cuidadosa y meditada selección de textos, canónica en algunos casos —ahí están los textos de Plotino sobre la Belleza (I, 6, 7-9) (pp. 55-60) o de Ficino en su *Comentario a El Banquete de Platón* (V, 2-3) (pp. 137-144)—, reveladora, en otros, de su firme conocimiento de la estratigrafía —¿o, quizás, *estromatografía?*— estética —sorprende gratamente aquí, de un lado, la atinada presencia de San Agustín, pero no en la *Ciudad de Dios* o las *Confesiones*, sino en los *Soliloquios* (I, I, 1-6) (pp. 97-102), así como el *Cántico Espiritual* de San Juan de la Cruz (pp. 183-190)—. Por último, cada selección de textos va encabezada por las palabras que, con voz de niño, oyera San Agustín en el jardín de su amigo Alipio mientras leía, al borde de la desesperación, los textos de San Pablo: *tolle, lege* («toma, lee») (S. Ag., *Conf.* VIII, xii, 29). Esta fórmula no es casual: la experiencia de la belleza hay «que asumirla y acogerla, escribe Piñero, [...] como revelación de la realidad misma o de su fundamento radical» (p. 64). Lo bello tiene así algo de epifanía.

La tarea de restauración de la belleza pasa, en primer lugar, por poner de manifiesto las consecuencias más perniciosas de su descrédito, que recorren el camino de lo estético, aunque se hacen fuertes en el campo de la ética. De entre ellas, quisiera destacar cinco sobre las que pone el foco el profesor Piñero: (1) la proliferación de estrategias de evasión esteticista, expresivas de la impotencia para experimentar las cosas en profundidad, como la confusión «en nuestros días [de] “estética” con “cosmética”» (p. 14) o de belleza con «ornamentación» (p. 115); (2) la reducción de la belleza a «bien de consumo» (p. 65) y, por tanto, tan fácil de adquirir como de abandonar por otra cosa; (3) la simplificación del gusto a juicios estéticos básicos que, con exclusión de los matices intermedios, se han reducido en la práctica al puro «agrado corporal» (p. 261), lo que

conlleva una fatal reducción de nuestra «capacidad de comunicar, expresar o recibir sentimientos», por cuanto nos hace «menos humanos» (p. 17); (4) la «desintegración trascendental» (p. 63), es decir, la ruptura de la unidad del Bien, la Belleza y la Verdad, cuyo destino es «la inevitable pérdida del sentido de la verdad y del bien» (p. 64) y, en el caso de la belleza, una comprensión perversa de su autonomía: en sus propias palabras, «nuestros tiempos sufren de extravagancias y chifladuras inconmensurables, y todo lo caótico que acontece relacionado con la belleza es, en realidad, un síntoma de enfermedades más profundas que sangran por la herida de la verdad o del bien» (p. 195); y, por último, (5) la pérdida del otro que acarrea consigo el rechazo de la belleza, que es «siempre algo para compartir» (p. 262).

La posición de Piñero en este último punto es crítica, pues no sólo se halla aquí el meollo de su propuesta, sino de su propio proyecto filosófico: comoquiera que la tarea de restitución de la belleza implica la presencia de los otros, ésta se convierte en un quehacer de orden práctico que encuentra su propósito en la ulterior restitución de la alteridad. Recuperar la reflexión filosófica sobre la belleza significa abandonar la (auto)impuesta soledad de los emoticonos y arriesgarnos al roce con el prójimo, de donde a veces surge el dolor, de donde acaba aflorando el cariño: «una de las grandes capacidades de la belleza, escribe Piñero, es que nos enseña el arte de compartir, quizá porque es uno de sus principales propósitos: ser compartida, ser disfrutada no simplemente en soledad, sino como fruto de un banquete, como algo cuya naturaleza implica la concordia, el consenso, la alegría... con otros» (p. 194). Lo estético se ve así atravesado y rebasado por lo ético.

La relación de secuelas que trae consigo el desprecio de lo bello da buena fe de la urgencia de su restauración. Ahora bien, la licencia para ello sólo es posible si se aceptan dos condiciones metodológicas, en algún caso difíciles de asumir. Primero, es imprescindible incorporar para la teoría el hecho de que la naturaleza del hombre goza de una dimensión estética irreductible (p. 200), idea conectada con una de las tesis más fuertes del libro: «no es posible vivir sin belleza» (p. 54). La idea hunde sus raíces en su propia exposición de la filosofía griega de la belleza y vuelve a aparecer en las derivas neoplatónicas de Shaftesbury: «sin belleza no hay vida, al menos una vida que merezca la pena ser vivida» (p. 27).

La segunda condición pasa por la aceptación de que no es posible definir la belleza. Por lo pronto es aconsejable renunciar a la búsqueda de una relación final de condiciones necesarias y suficientes, por cuanto es del todo previsible que surja siempre para cada propuesta un contraejemplo que ponga en entredicho la solvencia del modelo. Esto no implica que no pueda decirse nada con sentido sobre la belleza: la belleza no es un concepto sólo definible en términos de «semejanzas de familia». Antes al contrario, se pueden decir muchas cosas ciertas que, aunque parezcan definirla, nunca la agotan del todo. Se trata de un concepto, en línea con el Ps. Dionisio, superabundante en facetas, aristas y formas.

Piñero revela algunas de estas caras: su complacencia —la belleza, es cierto, complace— y su perfección, pero no en el sentido de acabada, sino en el más específico de no faltarle ni sobrarle nada (p. 19); su vocación canónica (pp. 22 y 29); su naturaleza ocasional, en su sentido de *kairológica* (p. 43) o como objeto graciosamente donado (p. 75); su coincidencia con la verdad, en el hecho de que ambas han de ser desveladas y

desocultadas (p. 46); la vocación trascendental que la convierte en punto de encuentro entre lo absoluto y lo particular (p. 68); su universal accesibilidad (p. 105); la idea de que es, también, una «fuerza» (p. 106), en concreto una «fuerza centrípeta metafísico-estética» (p. 74), pues tiende hacia al centro por vía estética en la esperanza de una sublimación que finaliza en forma metafísica; su caracterización como «necesidad» (p. 276), en este caso personal; etc. Pero, en última instancia, revelar cada una de estas caras no es una traición que contribuya a la clausura de lo bello, mucho menos a su reducción, sino antes bien a su liberación: la trampa contemporánea ha consistido, justamente, en intentar encerrar la belleza y convertirla en un fenómeno epidérmico (p. 64), de una sola cara y, sobre todo, indoloro.

Sin embargo, la belleza no es una opción, igual de legítima que otras, de la sensibilidad. La belleza es pura potencia de revelación de lo real, donde lo único enclaustrado es el misterio, paradójicamente desbordante, de lo divino, algo que no es, ni mucho menos, inocuo. Y así se comprende el verdadero motivo de su descrédito: «la belleza turba» (p. 65), porque no depende de nosotros (p. 203); porque es ardua y difícil — *χαλεπὰ τὰ καλὰ*, escribía Platón (*Rep.* 435c) y recuerda Piñero (p. 201)—; pero, sobre todo, porque al mismo tiempo nos llama (p. 70) para liberarla de su cautividad (pp. 17 y 20), que, en buena medida, es la nuestra. La tarea de su definición es imposible. De hecho, el propio Piñero escribe que el objetivo de la obra no consiste, «ni mucho menos, [en] cerrar la cuestión, sino [en] procurar que jamás se cierre» (p. 277). Ante el carácter indefinible de la belleza, por lo tanto, no hay que desesperar y caer en la tentación de que es «inexplicable»: antes al contrario, la renuncia a la definición procura, en la obra del profesor Piñero, la garantía de su explicación.

Adrián Pradier

LUQUE MOYA, Gloria, *El pulso estético de la vida cotidiana. Un estudio comparado entre John Dewey y Confucio*, Granada, Comares, 2019, 264 pp., ISBN 978-84-9045-878-5.

Tanto la filosofía oriental como la occidental tienen en común la búsqueda del saber. La diferencia radica en cómo se entiende la sabiduría en ambas filosofías de distintas culturas. En occidente, el foco está puesto en preguntas como «qué es la verdad», se busca un conocimiento que cosifica y que aísla conceptos. En oriente, en lugar de la búsqueda de este conocimiento, de lo que se trata es de entender «cómo interactuar con la realidad». Uno trata de crear conceptos, principios o teorías que permitan conocer la realidad que habitamos, mientras el otro trata de encontrar un modo de interactuar que derive en una existencia armónica. A pesar de esta fractura entre Oriente y Occidente, no debemos olvidar que ambos tienen bases primigenias muy semejantes, o incluso podríamos decir iguales. En ambas encontramos enseñanzas sobre el arte de vivir, no hay más que pensar en Sócrates. Oriente y Occidente tomaron caminos diferentes. Unos contemplaban las ideas, mientras otros, dejándolas pasar, se contemplaban a sí mismos.

En esta obra de Gloria Luque encontramos un estudio comparado entre John Dewey y Confucio, ambos con contextos muy diferentes en lo que se refiere tanto al tiempo histórico como al lugar. Confucio fue un pensador que vivió durante los siglos